Strip-tease, la Municipalidad
LIMA AL DESNUDO

Lima, fuente de menudas rivalidades, de livianas querellas, residencia del chisme y de la «bola», por culpa del *strip-tease* acaba de volver a conjugar el verbo «sonar». Según Balduque, lo importante en Lima, es «sonar». De este modo, creemos que la señora alcaldesa ha vuelto a «sonar». Está en el tapete. La prensa se ocupa de ella. «Todo el mundo la comenta». Y como en el *slogan* tan conocido del té Sabú, tal vez la gente no sólo comenta, sino que piensa «que le sale más a cuenta» cambiar de sistema municipal. Y que, después de todo, esto nos pasa por tener un cabildo democrático elegido por el voto general de los vecinos.

Así se evitarían estos despotismos edilicios con ribetes funambulescos que tan mal parada dejan a quien los origina y que deslucen el poder municipal. Más aún si el comentario corre por cuenta de un pueblo como el limeño, tan propenso a la sátira y a la caricatura. La señora alcaldesa se ha olvidado de que gobierna —aunque no la hayan elegido— para los limeños.

No es, pues, un caso cualquiera esta medida tomada por la señora alcaldesa. Lo importante no es discutir sobre si debe o no haber *strip-tease, Oiga* ha dicho que el espectáculo no es malo ni bueno, «sino que es tonto» y tiene razón. *Expreso* ha dicho que lo grave es que una medida así se tome con tanta ligereza y de un solo plumazo. Y tenemos, también, la razón.

Porque hay otros problemas en Lima. Y contra ellos no sabemos que la señora alcaldesa les haya puesto tanto empeño. Hay prostitución en el área de Lima. Y hay madres pobres en la Maternidad a dos o tres por cama. Y cuando una periodista como

Lima, lunes 1 de julio de 1963.

Teresa Donoso denuncia eso, lo único que se nos ocurre es querer sacarla del país diciendo que es extranjera. No nos gusta el desnudo en ninguna de sus formas. Y para esas madres sin atención médica, ¿no sería preferible, dados los tiempos que vivimos, una clínica de maternidad que llevara el nombre de «Santa Rosa de Lima»?

¿Quién no ha escuchado decir «primero la obligación y luego la devoción»? Caridad, amor a los pobres, buenas obras para los pobres. Habría, pues, que preocuparse del desnudo amargo de los pobres y no del desnudismo que ven los ricos o los que se improvisan tales.

Porque hay que suprimir el desnudo. Pero el otro, el que amarga y duele. El desnudo de los niños en las barriadas, con sus grandes vientres, enfermos, amarillos. El de los provincianos que no tienen para las playas de clase media o para los balnearios de lujo, y se bañan desnudos en el Rímac o bajo los «chorrillos» en Barranco. El *deshabillé* de los mendigos del área central. Todo eso que no parece inmoral y lo es más aún, porque envuelve a toda una comunidad, a todo un país, a todo un sistema. Es una culpabilidad colectiva y no privada, como es la del adulto que va a una *boite,* quizás por curiosidad, quizás por aburrimiento o porque «en Lima no hay nada bueno que ver a precios populares», ni conciertos, ni teatro, ni lugares decentes a donde se pueda llevar a la propia mujer. Claro, estoy hablando del pueblo.

Y Lima misma es una ciudad desnuda. Indefensa ante la miseria, la falta de luz y desagüe, sucia, aburrida, amargada. Pero la alcaldesa parece exhibir algunos de nuestros hábitos menos recomendables. El gusto, por ejemplo, por cuidar las apariencias. Prohibir el *strip-tease,* creyendo cuidar la honra de la ciudad, es igual a pintar la fachada dejando el interior maloliente, cuidar de la hija que ya dio un mal paso como si siguiera estando en la primera infancia.

No hay que tenerle miedo al desnudo. Podríamos hacer un elogio de lo que es y ha sido el desnudo en el arte. Pero eso todos lo saben. Podríamos demostrar cómo ha sido apresurada la medida de la alcaldesa. Cómo en otros países, por ejemplo, se legisla cuidadosamente sobre este punto. Así, en los Estados Unidos está prohibido a la artista que se desnude el estar acompañada de un hombre en escena. En Inglaterra, se le prohíbe bailar o moverse mientras está desnuda. Cosas de la idiosincrasia local. Aquí se pudo —y se puede— estudiar algo adecuado a nuestras costumbres. Claro, si se acostumbrase a consultar. Si desde el municipio desapareciera el amor a los decretazos, a los bandos prohibitivos que tienen cierto trasnochado sabor colonial y que hacen pensar que también éstos han nacido para ser burlados.

Creemos, por último, que el error básico de la alcaldesa consiste en defender la virtud de una Lima que no existe. Mejor dicho: una Lima que existe sólo en las *Tradiciones* y en la acrimonia de un grupo sin imaginación para el presente. Lima es una población con dos millones de habitantes, y con problemas de alimentación, trabajo, vivienda, agua y luz eléctrica, etc. Con cinturones de miseria, turistas aburridos, provincianos

desencantados, limeños desilusionados y alcaldesas efímeras. Lima fantasma, pura, virreinal, señorial, sólo existe en la imaginación de los compositores: el puente, la alameda, la boca de pitimaní, la canela y la alegría, la saya, el manto y el paso menudo, el pie chico y la falda larga. Todo eso es el pasado. Y el presente nos produce rubores, que no son precisamente porque haya o no *strip-tease,* sino porque exista tanta miseria y aún estemos sin municipio, sin municipio constitucional.